



XXII

Era casa cristiana y de mucha labranza aquella donde tenía su alojamiento el soldado de húsares Agila Palafox y Redin. Los dueños, carlistas de abolengo, le trataban con generosa largueza, pero sin agasajo. Tampoco sabían que fuese nieto de la Marquesa. Hasta el domingo no corrió la voz por Otáin. Don Teodosio de Goñi supo la nueva en la misa mayor, y al retorno, por encima de la puerta, enteró á la dueña de la casa. Hicieron los dos un

LA GUERRA CARLISTA

comentario lamentando el extravío de los jóvenes, y el caballero se despidió porque le esperaba su chocolate. Sacando por el embozo de la capa la punta de los dedos en un guante verde, saludó con finura de antiguo lechuguino:

—¡Vaya, consérvate siempre tan guapa, Serafinita!

Doña Serafina Peralta estaba casada con aquel gigante de las antiparras negras, llamado Don Diego Elizondo. Era una familia patriarcal, con cinco hijos mancebos, castos, silenciosos y fuertes. Los hijos, aconsejados por los padres, esperaban dejar hecha la vendimia para irse á la guerra. Aquella noche, Don Diego y Doña Serafina, ya sentados ante la cena, encomendaron al mayor que fuese en busca del alojado y le dijese si quería honrar sus manteles. Descendió Agila con el primogénito, y los amos

GERIFALTES DE ANTAÑO

le recibieron con gravedad de señores antiguos. Cenaban en la cocina, bajo la gran campana de la chimenea, y le dejaron sitio en un banco adosado á la pared del fondo, toda negra. Gritó Don Diego, llenando un vaso y ofreciéndoselo al nieto del famoso guerrillero navarro:

—En ese banco, cuando la guerra de los franceses, dormía el general Redín. Siempre lo contaba mi padre, y decía que entonces sólo mandaba once hombres. Después vino el hacerle conde, y marqués...

Los hijos sonreían oyendo el discurso del padre, y acabó Doña Serafina:

—Pues que se siente el nietecico donde el abuelo.

Y su mano menuda y blanca, de señora enferma, se posó sobre el hombro de Agila. Luego bendijo la mesa, y todos se sentaron. Don Diego

LA GUERRA CARLISTA

Elizondo se quitó las antiparras, y descubrió los ojos estriados de sangre, que tenían una expresión carnífera. Se ocupaba en llenar el vaso de Agila:

—Es vino de casa, y se puede beber á la confianza.

Agila se encandilaba:

—¡El mejor que hallé en Navarra, Don Diego!

La madre y los cinco hijos, mirándose con una vaga sonrisa, también alzan los vasos y tocan el vino con el borde de los labios, para convencerse. No habla ninguno de los cinco mancebos, familiares con la madre y llenos de respeto con el padre. En torno de aquel lobo cano y ciego, parecen cinco lobeznos guardando la cueva. Dijo Doña Serafina, al mismo tiempo que, subida en su escabel, alcanzaba un queso puesto á curar:

GERIFALTES DE ANTAÑO

—También es de casa... Regalo del pastor que teníamos. Su regalo, pero de nuestras ovejitas.

Agila recordó á Ciro Cernin. Habiale ya buscado, sin encontrarle, y preguntó dónde estaba. Murmuró con un gesto de lástima Doña Serafina:

—Ya se fué el pobrecico.

Agila, al pronto, no comprendió la razón de aquella lástima. Luego, recordando las palabras del pastor y su aspecto de iluminado, percibió una claridad. Don Diego Elizondo le llenaba el vaso:

—¡Ciro Cernin!... Nuestra dueña dice que está loco... Si está loco el pastor, nuestra dueña no está muy cuerda.

Los ojos encarnizados del gigante, llenos con el reflejo de las llamas, eran bien los de un lobo.

LA GUERRA CARLISTA

Reía con una risa violenta que le volvía el vino á la boca y le amorataba la cara. Doña Serafina cruzó las dos manos y arqueó las cejas:

—Dice lo que dice, porque se le dió un rebaño... El pobrecito de Dios está loco, pero no tanto que no pueda guardar un rebaño.

Don Diego Elizondo mordió una rebanada de queso:

—¡Muy sabroso! ¡Ya veremos si para hacer los quesos no está loco el nuevo pastor!

Doña Serafina se puso muy seria, estirando la barbata dentro del cuello de su casabé:

—¡Claro está que no, hombre!

Entonces el lobo se volvió á los lobeznos, que devoraban al redor de la mesa, siempre mudos:

—¡Probadlo, muchachos!

Luego levantó el vaso hasta los ojos del huésped:

GERIFALTES DE ANTAÑO

—¡Hay que beber, arigo! Hay que beber, ó no decir que el vino es bueno.

Sostenía el vaso muy alto, y la mano temblorosa y velluda lo estaba derramando. Agila volvió á pensar en Ciro Cernín:

—¡Una noche tuve de compañero al pastor!...

Murmuró Doña Serafina como niña ruborosa:

—Eso habrá de perdonar. Fué no pensarlo.

Como se llevan las camas para los hospitales, sólo esa alcoba tenemos habilitada para los huéspedes. A los alojados siempre les gusta dormir con compañía.

Agila se rió con la alegría violenta del vino, mirando muy burlón á la vieja:

—Y á todo el que tiene calzones, patrona.

Los cinco lobos se miran asombrados y airados, prontos á incorporarse. La madre se lleva un dedo á los labios y les impone quietud. Agi-

LA GUERRA CARLISTA

la sigue riendo brutalmente. Y permanece impassible, con los ojos llenos de sangre y de llamas, Don Diego Elizondo. De pronto se ha vuelto rostro con rostro para Agila:

—¡Hay que tener respeto con las canas de nuestra dueña, Don Periquito!

Y le temblaban las manos, y le temblaba la cabeza, y temblaba toda aquella torre de huesos. Agila le sintió el aliento. Quiso levantarse, en un impulso de rabia, pero la mesa le dió vueltas. Se tambaleó para caer. Acudió á tenerle Doña Serafina. Le reclinó sobre el pecho, y como á un hijo, le limpió en los labios las heces del vino. Agila, con los ojos entornados, en un reir de boba insolencia, tarareaba compases sueltos de una canción francesa.



XXIII

Doña Serafina y una maritornes se fueron por la escalera, sosteniendo en vilo el cuerpo de Agila. Y los hombres, con una burla grave en los ojos, parecían desdeñarlo mientras lo miraban. A poco de subir, bajó Doña Serafina muy compadecida, y uno de los hijos le tomó de la mano el farol que traía:

—No apague, madre.

—¿Está por acomodar el ganado?

—Ahora vamos á ello.

LA GUERRA CARLISTA

Desaparecieron algunos lobeznos por el arco negro que había en el fondo de la cocina, y la dueña murmuró, sentándose en el banco al lado del marido:

—¡Mucho le hiciste beber, pecador!

Y le acaricia el hombro con su mano menuda y arrugada. El lobo cano riemuy socarrón, mascando una cuerda de tabaco, y bajo los ojos ensangrentados, dos bolsas se le inflan y desinflan. Aún le dura la risa cuando vuelve el hijo mayor:

—¿Está seguro el alojado?

La madre se levanta:

—Para toda la noche.

El mozo habla quedo, y la madre responde en el mismo són. Pero el hijo insiste, mirando en redor:

—Pásele usted el cerrojo á la puerta de la escalera, señora.

GERIFALTES DE ANTAÑO

Don Diego clava en el primogénito sus ojos autoritarios y carniceros:

—¿Qué hay, muchacho?

—Que parió el heno, padre.

—¿Y qué ha parido el heno?

—Tres partidarios de los que andaban con Miquelo.

La maritornes, acurrucada cerca del fuego, deja de roer un mendrugo de la cena, muy atenta á la cara de los amos, y la dueña le manda que ponga el cerrojo á la puerta de la escalera. Y va explicando el hijo:

—Cuando entramos, estaban los tres enterrados en el heno, bien cubiertos... Uno se descubrió, y luego los otros fueron asomando las cabezas. Cuentan haber pasado el río nadando, y que mataron á un centinela...

Estaba el lobo viejo sentado en el banco y

LA GUERRA CARLISTA

muy atento á las palabras que decía el hijo:

—¿Y no dicen dónde está Miquelo?

—¡Si dicen! ¡Si dicen!

Y en la voz recatada del mancebo había un asombro. Exclamó la madre adivinando:

—¿Sale cierto lo que contaba el pastor?

El hijo afirmó:

—¡Todo cierto, madre!

Le temblaron las manos al viejo, que se puso entre el primogénito y la dueña. Tenía un aspecto horrible, con la boca apretada hasta su mirse los labios entre las arrugas, con los párpados encarnizados y lacrimosos:

—¡Santa Cruz le hizo traición!

Repuso el hijo ahogando la violencia de la voz:

—¡Tal como lo declaró el pastor!

Suspiraba Doña Serafina:

GERIFALTES DE ANTAÑO

—¡Ved cómo no estaba loco Ciro Cernín!

¡Ay, mi alma me lo daba, Divino Señor!

Interrogó el hijo, apremiante, sin que su voz perdiese aquella oscuridad de asombro:

—¿Qué hacemos, padre?

Los brazos del gigante tocaron la ahumada techumbre de la cocina:

—¡Qué hacemos! Mozo, sólo una cosa puede hacerse. Tú la sabes como yo, y como tu madre.

Murmuró resabida la dueña, hundiendo la barbata en el cuello del casabé:

—Sola una cosa, mi hijo, sola una, es bien entendido... Solamente una, ó sea aquella que manda Dios.

Dijo entonces el viejo lobo:

—Serafina, cubre el fuego. Hijo, coge la bota. Vamos al establo, que es paraje más apartado para hablar en secreto.

LA GUERRA CARLISTA

Con las manos trémulas, cubrió el fuego Doña Serafina. A la zagala y á la vieja que intentaron ayudarla, les ordenó que subiesen al piso alto y velasen en la escalera, atentas á la puerta de la sala donde dormía el nieto de la Marquesa de Redín.



XXIV

Los tres voluntarios carlistas estaban chorreando agua, con las ropas pegadas al cuerpo. Traían sus armas, aun cuando el río lo hubieron de pasar á nado, buceando bajo la puente, para no ser descubiertos por los centinelas, y surgiendo lejos, en los rieles de la luna. Después habían venido agachados por las huertas, unas veces deteniéndose á escuchar cerca de las higueras y entre las viñas, otras, arrastrándose por los surcos donde dormían las codornices.

LA GUERRA CARLISTA

Los tres habían pertenecido á la hueste de Miquelo Egoscué. Contaban que, con otros siete, luego extraviados en el monte, venían huyendo de la partida del Cura. No querían servir bajo sus banderas, después de la traición con que anduvo para juntarse con ellos y matarles el capitán. Les preguntó Don Diego:

—¿Y adónde vais?

Los tres voluntarios se miraron indecisos. Al cabo, uno se decidió con gesto arrogante:

—Vamos adonde no pueda fusilarnos el Cura Santa Cruz.

—¿Y os metéis en Otain?

Respondió con alegría ingenua un viejo que había sido molinero en Arguiña:

—¡Tan estrechados estábamos!... Don Manuel anda empeñado en cogernos para fusilarnos. Ante toda su gente lo sentenció, y sola-

GERIFALTES DE ANTAÑO

mente así pudo evitar el escarrio de muchos... En cuanto á meternos acá en la villa, fué cosa de todos.

Miraba á sus compañeros, y dijo uno de ellos:

—Ya le tenía yo contado á este mozo castellano, y á este otro, un navarro bueno, cómo me había ido á la facción pasando el río.

Preguntó Doña Serafina, muy cordial:

—¿Hijo, tú eres nativo de Otain?

—No soy de aquí, pero aquí tenía mis amos cuando me fui á la guerra. En una noche nos fuimos once, y en la pared de la iglesia le dejamos una despedida en coplas al general España.

Dijo el carlista castellano con altanería inusitada en Navarra:

—Oigame á mí, Señor Don Diego. Nos metimos acá, porque era el único paraje donde estar seguros del Cura. Así lo pensé y así lo propuse

LA GUERRA CARLISTA

á éstos, si sabían de alguno con pecho para escondernos. Dijeron ellos que lo sabían y lo abonanaban, y acá nos metimos, Señor Don Diego.

El voluntario, al terminar, se levantó de entre el heno, y el lobo cano le vió con asombro entre sus lobeznos descollando toda la cabeza. El mozo castellano era muy hermoso, y tenía la estatura agigantada de Don Diego. Preguntó Doña Serafina:

—¿De dónde eres, hijo, que tanto imperio traes?

—De Viana del Prior.

—¿Y adónde cae de la España?

—Cerca de Santiago de Galicia.

Sonrió desdeñoso Don Diego:

—¡Gallego eres! ¿Por qué te dicen castellano?

El voluntario miró con reto al padre y á los hijos:

GERIFALTES DE ANTAÑO

—¡Porque no estoy cavando la tierra para que otros coman! ¡Porque tenía criados en mi casa! ¡Porque hago mi ley! ¡Porque cuando un soldado va por el mundo, ya es de Castilla!

Murmuró Doña Serafina:

—En eso lleva razón, pues acá no distinguimos.

También estuvo conforme Don Diego:

—De Alava para allá, todo el que viene, ya forma en las partidas castellanas.

Replicó Doña Serafina:

—¡Extraño que no vayas en ellas, mocé!

—Aún no tuve tiempo de incorporarme. ¡Ya oirán hablar de mí!

—Dinos cómo te llamas, hijo, que de otro modo, aun cuando oyésemos tu historia á los ciegos, no sabríamos que era la tuya.

—Miguel Montenegro me llamo.

LA GUERRA CARLISTA

Los otros fugitivos se rieron con risa aldeana y maliciosa:

—Dos mujeres que venía escoltando en un carro, le llamaban Cara de Plata.

Don Diego le dió la bota:

—No te lo podrán llamar cuando te crucen las cicatrices.

Suspiró Doña Serafina:

—¡Y en último término, los años!

Bebió Cara de Plata, y á un gesto del amo pasó la bota á los otros que venían con él. Doña Serafina trajo queso, tasajo y pan. Se disculpaba de no darles cosa caliente, porque en hora tan avanzada, el humo sobre la casa era ya motivo para infundir alarma. Reconfortados con la bota, los voluntarios se lo agradecían á Doña Serafina. La señora notándolos cansados, se lo advirtió al marido y á los hijos, ordenándoles, al

GERIFALTES DE ANTAÑO

mismo tiempo, que trajesen unas jalmas para que aquellos mozos pudiesen dormir más á gusto en la cama del heno.

Con el alba, vino ella misma á despertarlos, y los tres voluntarios salieron al campo, escondidos en las tinajas de la vendimia, que los hijos del lobo cano conducían en carros de bueyes, cantando por los caminos.





XXV

Santa Cruz, de quien andaban huyendo aquellos tres voluntarios, ahora tenía cercado y preso, en el caserío de Urría, á un viejo guerrillero de la otra guerra, Don Pedro Mendía, que achacoso y casi ochentón, había juntado una partida de sesenta hombres, siendo de los primeros en echarse al campo por Carlos VII. Este Don Pedro Mendía, hidalgo de cuenta en la montaña navarra, es el mismo capitán á quien, en algunos escritos de la otra guerra, llaman

LA GUERRA CARLISTA

Don Pedro de Alcántara. Ahora, enfermo de mal de piedra, habíase refugiado en el caserío de Urría, y los días dorados del otoño le sacaban en un sillón á la solana. Desde allí, sus ojos cavados contemplaban los montes, menos altos y enteros que su fe. Una mañana, rayando el alba, vió entrar en la sala donde dormía al Cura Santa Cruz. El viejo, insomne por los grandes dolores, se incorporó en las almohadas con el rostro amarillo y el ceño adusto:

—¿Qué traes, hijo?

El Cura, desde que entró, miraba la escopeta de caza que el veterano tenía á la cabecera de la cama:

—Pues visitarle, Don Pedro.

Murmuró el viejo con una burla incrédula:

—Cumple las obras de misericordia... ¿Pero alguna otra cosa traerás?

GERIFALTES DE ANTAÑO

Santa Cruz sonreía astuto, viendo adivinada su intención, y esquivaba los ojos:

—Alguna otra cosa, cierto que sí, Don Pedro. ¿Sabe usted la persecución que me hace el general Lizárraga?

El veterano pareció recapacitar, aun cuando sabía muy bien toda aquella historia. Hidalgo y clérigo se conocían de antiguo, y tenían las mismas mañas astutas:

—Algo me contaron... Ya veremos de poner acuerdo entre vosotros.

El Cura respondió con la voz muy apagada:

—Eso tiene que ser... Si usted quiere mediar, mi consentimiento lo tiene, Don Pedro. Pero en tanto, yo necesito saber quiénes son mis amigos. No se me acalore, que ya conozco su genio.

Se levantó presto, y se acercó á la cama apoderándose de la escopeta. El viejo caballero, le

LA GUERRA CARLISTA

miró con apagamiento desdeñoso, hundido en la almohada:

—¡Por lo visto ya sabes con quién está Don Pedro Mendia!

—Sí, señor.

—¿Y qué intentas? ¿Fusilarme como á Miquelo?

El Cura volvió á sentarse, muy despacio:

—Miquelo nos hacía traición, y usted es el más leal de los cabecillas, Señor Don Pedro.

—¡A mí no me incienses, cogulla! Poca autoridad tienes tú para dirimir el pleito de quiénes son leales y quiénes traidores. ¿Por qué no te has presentado en Estella cuando el Rey te llamó?

—La orden no venia firmada por el Rey. Era un engaño de Lizárraga:

—¡Lizárraga!... ¡Es demasiado santurrón!... ¡Tampoco me gusta cómo hace la guerra!

GERIFALTES DE ANTAÑO

Se levantó el Cura riendo con una expresión franca, de buen aldeano:

—¡Más tiene ese de clérigo que yo!

Replicó malicioso Don Pedro:

—¿Tienes tú algo de clérigo? Por no tener, ni el ama.

Santa Cruz seguía riendo con aquella expresión abierta, en él tan desusada, y Don Pedro reía con una mueca, retorciéndose en la cama con el dolor triste del mal de ijada. Hizo un esfuerzo y murmuró con los labios apretados:

—¡Siempre queda tu recelo de comparecer ante el Rey!

—Fué recelo de la camarilla. No nací para pisar estrados, Don Pedro. ¡En el campo no me vencen, pero allí me vencieran!

Don Pedro guardó silencio. Acaso recordaba, cerrados los párpados y las manos en cruz, como

LA GUERRA CARLISTA

si hubiese llegado la muerte, que también él, treinta años antes había estado en entredicho con el abuelo de Carlos VII. De pronto abrió los ojos, mirando á Santa Cruz:

—¡Cura de Hernialde, tú vienes por llevarte mi gente!

Afirmó Santa Cruz con el rostro terrible de impasible:

—Lo adivinó, Don Pedro.

—¡Manda que me fusilen!

Santa Cruz tuvo un leve movimiento en los ojos, al mismo tiempo que decía con la voz exenta de cólera:

—Amigo Don Pedro, no le fusilo porque he visto desertarse, aún hace muy pocos días, á veintitrés voluntarios de Miquelo Egoscué. Sin esa lección, no hubiéramos hablado tanto.

El moribundo levantó la cabeza, melancólico:

GERIFALTES DE ANTAÑO

—¡Es lástima, porque me habrías ahorrado los dolores de este mal tan triste!

Y la dueña del caserío, que ha llamado con los nudillos en la puerta, entra empujándola despacio. Trae en las manos una taza que bailotea en su plato azul y esparce el aroma de un cocimiento de yerbas. El veterano se incorpora en las almohadas, y sonríe muy amarillo, alargando una mano de huesos. Santa Cruz, puesto en pie, le mira con aquella hondura triste y experimentada de los que han visto muchos moribundos. Era la mirada del clérigo, que, en su aldea, acompañaba en la hora de la muerte á todos los feligreses, desde los niños de siete años á los viejos de cien.





XXVI

Los dos cabecillas estaban en la solana. El cuadrante de piedra puesto en un esquinale de la casa marcaba la hora de mediodía. Santa Cruz, con las manos á la espalda, paseaba despacio, y el veterano de la otra guerra, hundido en su sillón, temblaba bajo el hermoso sol de Otoño, con los ojos puestos en los montes y una noble expresión sobre el rostro mortal. En el ambiente campesino resonaban los gritos de algunos voluntarios que jugaban un partido de pelota,

LA GUERRA CARLISTA

corriendo por el fondo de un campo húmedo, verde y sonoro. Don Pedro se levantó muy encorvado, y dió varios paseos con el Cura. Realizado aquel esfuerzo de entereza, volvió á sentarse. Santa Cruz le miró con lástima:

—Don Pedro, déjese de valentías.

Replicó colérico el viejo:

—No son valentías. Caiste acá pensando hallarme moribundo, y te duele no verlo realizado.

Santa Cruz murmuró con fría entereza:

—Peor lo hallé que pensaba. Pudiera ocurrir que yo muriese antes, y para ello estoy preparado, pero usted nunca muy largo plazo tiene, Don Pedro.

El hidalgo había cruzado los huesos de sus manos:

—¡También yo estoy preparado!...

El Cura vino y tomó asiento á su lado, en un

GERIFALTES DE ANTAÑO

banco sin respaldo, donde la dueña solía subirse para alcanzar los racimos que maduraban en la cuelga. Se miraron los dos profundamente y austeramente: Dijo Don Pedro con la nobleza de quien aconseja exento de mira egoísta y sólo por el fuero del bien:

—Si tan cercano tengo mi fin no te aceleres, hijo, haciéndome fusilar, y echando sobre tu alma otro remordimiento.

Respondió el Cura, casi humilde en su gravedad:

—Tengo remordimientos, porque solamente los pecadores empedernidos no los tienen... Pero ninguno tengo por haber fusilado.

—¡Yo sí!

A los ojos áridos del viejo acudían dos lágrimas, y Santa Cruz tuvo lástima de aquella ruina de soldado:

LA GUERRA CARLISTA

—Ese remordimiento, lo tiene ahora porque está enfermo, Don Pedro. Yo también los tendré en su día, cuando acabe la guerra, pero en tanto no les doy entrada. Necesito saber que hago bien, para seguir haciéndolo. Si una vez admitiése la duda, había concluido por siempre jamás Manuel Santa Cruz. ¿Sabe cuáles son ahora mis remordimientos? Las faltas que cometí cuando estaba en mi iglesia de Hernialde. Ahora que soy soldado, llevo ante los ojos la vida anterior de cuando decía misa... ¡Y cuando vuelva á mi iglesia, tendré la vida de cuando era soldado!

Murmuró Don Pedro:

—Yo este remordimiento lo tuve siempre... A veces se me esparcía por un año entero, pero volvía... Unas veces de noche, otras yendo solo por un camino... ¡Siempre ha vuelto!

GERIFALTES DE ANTAÑO

Santa Cruz le interrogó muy severo:

—¿Lo tiene confesado en el Tribunal de la Penitencia?

Sonrió con amarga dignidad aquel clásico hidalgo de Navarra:

—¡Pesaba demasiado para llevarlo solo!

Aprobó el Cura con aire taciturno, y los dos quedaron silenciosos. Don Pedro, todo amarillo, temblando bajo el sol, miraba á una niña que jugaba en la corraliza, le sonrió primero, y luego la llamó:

—Ven acá, Mari-Juanica.

La niña subió con una mimbre verde en la mano. Avanzaba un poco recelosa, balanceándose sobre los zuecos, anegada en el ruedo de su refajo azul:

—¿Llamo á mi madre, señor Don Pedro?

Denegó el hidalgo moviendo la cabeza, al

LA GUERRA CARLISTA

mismo tiempo que ponía una mano sobre el hombro de la niña:

—¿Oye, Mari-Juanica?...

La pequeña, muy resabida, cruzó los brazos como al dar la lección de doctrina:

—Mándeme usted.

—¿Cuándo ha dicho tu madre que me enteraban?

—No me arrecuerdo bien.

—¿Dijo en esta semana?

—No me arrecuerdo bien. ¿Quiere que le pregunte?

—No, hija.

Se fué corriendo la niña, y Santa Cruz murmuró severamente:

—¡Es usted contumaz, Don Pedro! ¡Tiene el alma pagana! ¡Aún no está convencido!

Don Pedro movió la cabeza muy despacio,

GERIFALTES DE ANTAÑO

con una sonrisa triste, y una claridad mortecina, un poco burlona, en el fondo de los ojos:

—Ya no tengo ánimos para contradecirte, hijo. ¿Pero, qué quieres? ¿Encaminarme el alma?

—Ya le dije lo que quiero. Que me deje su gente, Don Pedro.

Repitió pensativo el viejo:

—¡Que te deje mi gente!... Tú te la llevarás, que para eso has venido, pero no será mientras yo viva, so pena de hacerme violencia.

—¡Usted aconséjelos para después!

—Los aconsejaré. Y te hago juramento que si pudiese disponer de mis mocetes como de mis bienes, mejor te los dejaba á ti en herencia que á otro cabecilla... Y á cualquier cabecilla mejor que á los generales de Estella. No conocen la guerra, y, por hacer un ejército, dan por el pie á las partidas.

LA GUERRA CARLISTA

Repuso el cura austeramente, poniéndose una mano en el pecho:

—¡Tengo la espina aquí! La guerra se perderá por los generales.

—¿Habrá otro convenio?

—Habrá muchos convenios.

—¡También yo me muero con esa espina!

Y el viejo guerrillero dobló la cabeza como si en realidad fuese á morir.



XXVII

Santa Cruz había dispuesto que una parte de sus voluntarios, distribuida en parejas, vigilase las veredas del monte y los vados del río. Hecho ésto, bajó con su guardia de doce hombres á pedir raciones en los poblados de Belza, Urría y San Pedro de Olaz. Por aquellas labranzas, alquerías, molinos é iglesarios, estaban repartidos los setenta mozos que iban en pos de Don Pedro Mendía, y que comenzaban á mal sufrir el enojo de tantos días de paz. Sen-